

Francisco Zúñiga

RICARDO GARIBAY

El hombre y la vida

En el sureste en los años setentas conocí a Francisco Zúñiga. Era una gira presidencial.

-No te imaginaba entre políticos- dije.

-Yo a tí tampoco - dijo.

-¿Y luego, pues?

-A ver qué veo - dijo -. ¿Y tú?

-A ver qué oigo.

-Te llevo ventaja - dijo -. Tú vas a oír mentiras.

-De acuerdo - dije -. Ni modo.

Íbamos en el camión de prensa. Yo admiraba mucho al escultor. Su persona me desconcertó. Me habían dicho: "viene Zúñiga". Esperaba a un hombre ciclópeo, rotundo, agresivo. Íbamos a vuelta de rueda por la orilla de un mercado al aire libre. Hombres bebiendo cerveza, niños jugando, y en un pequeño portal derruido mujeres en reposo. Por todas partes la manta colorida. El camión se detuvo. De pronto, con suave urgencia, Zúñiga susurró:

-Mira... Y luego dicen que invento mis modelos, que las mujeres no son como mis mujeres.

Míralas.

En el portal, un semi círculo de oscuras mestizas orientales. Los largos y anchos vestidos blancos. Los altos peinados. Sentadas o echadas en el empedrado conversaban. Algunas tenían una mano en la cintura, y con la otra mano se detenían el peinado, se buscaban la nuca. Los brazos, así, armaban dos poderosas circunferencias tangentes. Los muslos separados formando una hamaca de manta. Descalzas. Una, de pie, dejaba cabalgar sobre su cadera un niño desnudo.

-¡Por Dios - dije -, son un Zúñiga!

Zúñiga boceteaba a toda velocidad, y en voz baja dijo:

-Qué más tendrían que hacer, además de existir así, como las estás viendo.

-Nada más - dije -. Mujeres enormes.

El camión se movía. Zúñiga sonreía contento. Me dio el esbozo. Y no volví a oírlo hablar en toda la mañana.

Resultó ser compañero ideal de viaje. Silencioso. De pausados pasos. De sonrisa asomada apenas a los labios, como un incesante anuncio de ironía. De voz queda. Barba y bigote algo ralos. Ojos pequeños y agudos. Delgado. Estatura mediana. Manos poderosas. Hombre apartadizo, en estado de permanente observación. Un hombre quieto hacia algo dentro de sí sin punto de reposo.

-Iré a tu taller - dije al despedimos -. Quiero ver cómo haces lo que haces. ¿Puedo?

-Claro. Ve.

-A qué horas trabajas.

-A todas horas - dijo.

-A todas horas - dije - ¿Nunca descansas?

-No - dijo y acentuó un poco su apacible bonhomía.

Volvimos a vernos diez años después. Pude comprarle cinco dibujos, a precio tal que los convirtió en regalo precioso. Yo llevaba una botella de Lepanto. Bebimos. Su esposa nos dio café. No sé de qué pudimos hablar durante dos horas. En el taller se afanaban los discípulos.

Hoy me dice Ariel, su hijo mayor:

-Vive enteramente ciego. En 1989, en tres meses perdió la vista. Las radiaciones quemaron el nervio óptico. Y siguió trabajando de modo natural. Ni una lamentación, ni una queja. Su vida ha sido día con día su obra, y ciego la continuó, sin más. ("Me explico eso -dice Vlady el pintor- porque el talento, la visión extraordinaria de Zúñiga está en sus manos, en el amor de sus manos, en la palpación que transmite con sus manos a la materia"). Y ciego ha esculpido noventa y cuatro piezas. Barro. De quince a cuarenta centímetros. En evolución constante. Con este dato curioso, o previsible tal vez, estas obras, en el enfático estilo de Francisco Zúñiga, difícilmente son obras completas o acabadas, son más bien búsqueda de un detalle o matiz principalísimo, algo como obsesión dentro del conjunto inacabado: la cabeza, los ojos, la boca o la nariz, una mano doblada, un torso, el sexo, los senos; y las figuras hari

quedado ladeadas, un poco chuecas y ... diría yo, arcaicas, tienen una textura arcaica. Usted sabe que siempre buscó y consiguió la obra completamente terminada; detestó los fragmentos, que en los museos valen como vestigios de obras que fueron acabadas a perfección; ser hacedor de fragmentos le pareció siempre impericia o mala fe. En su ceguera total, en el progreso de sus dolencias se permite aquellos *esqueches* porque sabe bien cuánto se han achicado sus facultades.

Trabajó sin cesar hasta 1993. Ahora duerme, duerme mucho, camina ayudado por un enfermero, come poquísimo -su digestión es muy esforzada-, descansa, vuelve a dormir.

-Ariel ¿siente usted reverencia por su padre?

-Sí. Profunda reverencia. ¡Hemos hablado tanto! Ha sido un amigo cordial, atento y a prudente distancia. Sumamente emotivo, nunca sentimental. "El hombre es lo que hace - ha dicho -, y no hay jerarquías, nadie es más que otro". Es un espíritu religioso, claro, sin credo religioso, sin ninguna liturgia. Ha vivido entregado a su oficio, nada lo apartó de allí, y sus comienzos extranjeros fueron difíciles de veras. Lo rodeó la envidia y el ninguneo caníbal. Introverso y seguro de sí, todo lo superó su vocación. Y es un gran artista.

El escultor

¿Qué es la obra acabada, la obra total en Zúñiga? Es la obra -dibujo, escultura- donde no puede haber nada más de lo que hay en ella. No cabe en ella nada más, ni un trazo del lápiz ni una estría del cincel. Cada obra es un mundo que se busca y se encuentra a sí mismo y permanece en sí absolutamente autónomo.

En las obras de otros artistas están allí los elementos del cuadro, los de la escultura: las imágenes, los volúmenes; pero podrían no estar necesariamente, u ocupar lugares diferentes en la organización de la obra; podría alterarse el universo del cuadro y el de la escultura sin desordenar su sustancia. En Zúñiga no puede hacerse eso; cada rasgo, cada arista y la obra toda quedan logrados de modo insustituible, son un orbe cabal, cerrado. El mundo todo ha sido visto un momento por el artista, todo el mundo y su incontable multiplicidad en el instante, la figura y el espacio que el artista imagina, y ha quedado en la obra sin posible alteración; es todo el mundo innumerable y autosuficiente en el momento en que el artista lo ha mirado.

En cada mujer de Zúñiga está la historia humana entera, están los ríos y valles y montes y mares y cordilleras y los pueblos y los aires y los cielos y las nubes y las cavernas, está el humus de la Creación embriagado de sí, lo mineral, lo animal y lo divino en un íntimo, bárbaro y sutilísimo encuentro soberano.

Y el mundo es el mundo. El mundo de los seres humanos porque a Zúñiga parece no importarle nada más. Y ese mundo es el cuerpo, la carne de rotundidad y peso inmensos.

Y entramos en la suavidad y la aspereza, en la densidad y la levedad. Cuatro sustantivos que señalan o definen la constante en el arte de Francisco Zúñiga. Mujeres, interminablemente mujeres. Y acaba siendo increíble que esas mujeres elefantiásicas, colosales, hechas de toneladas de materia, de curvas de grosor inverosímil que se encuentran y desencuentran sin término entre los brazos, las manos y las piernas, el vientre y los hombros y la espalda y los toboganes de las nalgas, mujeres que son como el paridero de la humanidad, la fecundidad del Principio, el estar en el planeta sin necesidad del pensamiento, reinas que venden pescado y chiles secos, que dormitan al sol, que contemplan la infinitud del polvo, estas mujeres, Eva cada una en el arranque de los tiempos, parece increíble, digo, que sean mujeres aireñas, que en su robustísima fronda inexistente suene el viento, mujeres de tierna elegancia, de madura inocencia en la contemplación del vacío o de un *más allá* que el *más acá* queda balbuciendo. El artista ha esculpido la atmósfera invisible que envuelve a su creación.

La obra de Zúñiga es casi una exasperada certeza de que la humanidad existe idéntica a su remotísimo origen; de que es una sub humanidad, la de los animales a los que semeja peligrosamente; de que es una ultra humanidad que se sufre y se goza a sí misma, que se hunde en sí misma, que se abisma en sí con dicha y con dolor como el volcán y la lava que le mana viva.

Es la obra de Zúñiga, para mi sorpresa renovada cien veces, una especie de endiosamiento del ser humano -la mujer lo más principal- no necesitado de conocimiento ni de historia, de quejumbre ni de exaltación. Es el *Ego sum qui sum*, el *Soy el que Soy*, y punto. La certeza de estar sobre la tierra y ser la tierra lo único que existe, y sobre la tierra ser el cuerpo humano tan efímero como permanente.

Eso se deja ver como lo contrario del sentimiento religioso de la vida. La materialidad pura. O acaso, como una emoción religiosa recóndita, lo religioso más allá de lo religioso, hacia y hasta la esencia misma de lo humano, la esencia que contempla la nada o el todo que carga consigo.

No se puede ser -dice cada obra de Zúñiga- más que esto que se es; esto que dice la escultura es lo que se es, y en esto está el reino de este mundo: en ser esto que se es. El privilegio es la realidad: esto que se es de modo ciclópeo, pesadísimo, deforme, aéreo, redondo, total, totalmente acabado, perfecto en su autosuficiencia.

Y estamos ante lo simiesco y lo angélico. En los inmóviles siglos de la piedra y en su incesante movimiento, porque quieta está la piedra e imparable es el juego de sus círculos y rectas preñados de su materia, que es brutal y es evanescente.

Y estamos ante el dolor y la abrumación en la mirada de las esculturas, y allí también el hieratismo, que es visión del vacío o de la nada o del todo; todo en ese mirar a gran distancia, muy grande distancia.

Hay en estas agresivas masas el ballet que dicta la plenitud interior. Hay el balbuceo genial de alguien que vislumbra el misterio de la vida -un mero rumor sideral inlocalizable- y lo plasma en la piedra, el mármol, el bronce, a ciegas, con la sola inteligencia de las manos.